

Dime *quién* te obsesiona. Paradojas de lo autobiográfico

Dominique Viart

Sin duda es un tanto imprudente, si no francamente inconsciente, pretender hablar hoy, todavía, de lo «biográfico». En estos últimos años, las publicaciones se han multiplicado tanto¹, sean obras o estudios de obras, en este campo, que resulta imposible pretender agotar el asunto. Si hay una literatura inagotable, es sin duda ésta. Pasó al primer plano de la escena literaria a finales de los setenta y gracias a los documentos de la etnología contemporánea² o bajo la máscara o con el pretexto de juegos formales³, la literatura «personal» alcanzó una amplitud sin precedentes. Esto incita a reflexionar no sólo en cuanto al «retorno del sujeto» que obsesiona de modo singular a lo más contemporáneo de nuestra literatura, sino en la agitación que se apodera de lo biográfico y que enturbia la definición a la vez que extiende su práctica y sus modalidades. Hasta tal punto es así que los cuadros establecidos durante una época formalista se vuelven porosos y se confunde el ensayo con la ficción, el testimonio y la reconstrucción histórica con la inventada. Que lo real de lo «biográfico» se ha mezclado con lo ficticio no es ciertamente novedoso. El menor estudio de las biografías ha debido hacerse cargo de esta imaginación que se entreteje con los hilos de la «vida reconstruida». Es imposible prescindir de ello. Pero hay una proliferación de paradojas en torno a la *intención* y a la *invención* biográficas. Sin duda, la confusión que rodea a esta forma contribuye a ciertos debilitamientos de la exigencia creadora, a la vez que favorece la renovación de la actividad literaria, artística e intelectual. Hemos elegido interesarnos por estas nuevas perspectivas, a menudo problemáticas, más que por aquella efervescencia.

¹ Tal fue la constatación de Alain Buisine al abrir el coloquio sobre «Lo biográfico» celebrado en Cerisy-la-Salle en agosto de 1990 (ver la Revue des Sciences Humaines, n° 224, 1991-4). Una década larga más tarde hay que admitir el aumento permanente del fenómeno.

² En este sentido es relevante la influencia de la colección Terre humaine de la editorial Plon y ese libro emblemático que fue El caballo del orgullo de Pierre Jakez Hélias.

³ Roland Barthes: Roland Barthes par Roland Barthes (Seuil, 1975); Georges Perec: Wou le souvenir d'enfance (Denoel, 1975); Serge Doubrovsky: Fils (Galilée, 1977).

Expansión de lo biográfico

Más que simples fenómenos literarios o culturales, la biografía y la autobiografía resultan hoy, sobre todo, un fenómeno sociológico. Hay asociaciones especializadas⁴, encuentros, salones y festivales⁵, reseñados tanto en las revistas de ciencias humanas como en las publicaciones para el gran público⁶. Desde hace algunos años es un fenómeno económico, con su mercado y sus mercados parciales, colecciones especializadas, derechos de autor, traducciones, adaptaciones audiovisuales, cada vez mayores. En tanto el género estatuido en los años setenta por la teoría literaria, se disuelve en la reflexión crítica que lo considera (obligada a inventar categorías como la autoficción, la bioficción, egoliteraturas, alteroliteraturas, mitobiografías), se va convirtiendo en una institución. Ser biógrafo se ha vuelto un oficio, no mal situado del todo entre los del historiador y del periodista. Añadir una biografía a la lista de sus obras es, hasta para un político, percibir una prima de seriedad que inscribe su acción en el tiempo, confiere a su programa el peso legitimador de una herencia y promueve al primer plano de sus mítines la figura tutelar de sus modelos⁷. A la inversa, el historiador-escritor reforzará su buen éxito de público gracias a las biografías seminovelescas, ocupándose de temas políticos⁸. O sea: tras lo biográfico se perfila la sombra de lo ideológico, y sobre ello volveremos.

Otrora marginal y, todo hay que decirlo, más bien despreciado por un mundo intelectual alimentado por el *Contra Sainte-Beuve*, el citado género se ha vuelto tan tentador para el escritor como para el universitario⁹. La sección biográfica ha sustituido a la crítica en los suplementos literarios de los periódicos como igualmente en las estanterías de los

⁴ Association pour l'autobiographie, fundada por Philippe Lejeune, que funciona en Ambérieu en Bugey (Ain); Association Vivre et l'écrire (Orléans), etc.

⁵ Entre otros: Salón del Libro Histórico y Biográfico (Hossegor, julio de 2001); Festival Anual de la Biografía (Neuville en Ferrain, desde 1995); etc.

⁶ Sciences Humaines, «Récits de vie», n° 102, febrero de 2000.

⁷ Entre otros: Philippe Séguin: Louis-Napoléon le Grand (Grasset, 1990); Nicolas Sarkozy: Georges Mandel (Grasset, 1994); Huguette Bouchardeau: George Sand (Laffont, 1990) y Agatha dans tous ses états (sobre Agatha Christie, Flammarion, 1999).

⁸ Es, por ejemplo, el caso de Max Gallo, convertido en pensador de cierta «izquierda soberanista» a la cual domina, sin duda, la fascinación bonapartista que atestiguan muchas de sus obras.

⁹ No faltan ejemplos de quienes se han incorporado a la tarea (por caso: Franck Lestringant, historiador del Renacimiento, que publicó una biografía de Alfred de Musset en Flammarion, 1999). Ver asimismo las reflexiones de Alain Buisine, autor de Casanova l'europeén (Tallandier, 2001), sobre su propia práctica biográfica.

libreros y en las bibliotecas públicas. Nadie pudo prever, hace treinta años, que un personaje desaparecido de los medios habría de ver publicada su biografía¹⁰, o que un nuevo filósofo que hizo la guerra al pensamiento enfeudado en la ideología, iba a escribir la biografía del filósofo ideólogo por excelencia¹¹, o quien juraba fidelidad a la estructura en contra del sujeto habría de narrarnos los días y las horas de cierta gran figura de las letras¹². Aún más: por medio del recurso a la biografía se desarrollan hoy las consideraciones más insistentes de los pensadores de nuestro tiempo¹³.

La cuestión es la persistente literariedad del objeto. Philippe Lejeune, gran especialista en la materia, reconoce haberse ido alejando del *corpus* literario para considerar la autobiografía como práctica vivida, gesto pragmático de la vida cotidiana sin ambición literaria. Mientras tanto, cuanto más se libera de la literatura, el escrito autobiográfico resulta más perseguido por la literatura con el fin de recuperarlo. *La adoración* de Jacques Borel puede reaparecer sin su subtítulo de novela, que era, en una época, la necesaria garantía de género. Ya no se aclaran hoy las categorías de ensayos, narraciones, ficciones y, desde luego, novelas, todas ellas fronterizas, de una manera u otra, con la biografía. Los propios editores favorecen tales prácticas por medio de colecciones destinadas a recibir o a suscitar estos libros: en Gallimard, por ejemplo, *L'un et l'autre* y *Haute enfance*. También la crítica literaria ha encontrado allí un renovado campo de reflexión: desde las múltiples interrogaciones sobre las definiciones posibles de la autobiografía, luego de la llamada autoficción, hasta los más recientes trabajos sobre «la narración de sí mismo», y diversos coloquios como «poesía y autobiografía» (Marsella, 2000), «la transposición» (Lille, 2001), «la escritura del otro» (Dijon, 2001), etc.

Se puede interrogar a este síndrome cultural y su institucionalización social. Nuestro tiempo ya casi no razona abstracciones —las grandes construcciones ideológicas han fallecido— sino que privilegia los ejemplos concretos y los glosa. Distintos fenómenos contribuyen a ello, como el repliegue individualista analizado por Gilles Lipovetzky y la disolución de los grandes relatos globalizantes a favor de los particularismos locales que

¹⁰ Christophe Bident, Maurice Blanchot, partenaire invisible, *Champ Vallon*, 1998.

¹¹ Bernard-Henry Lévi, Le siècle de Sartre, *Grasset*, 2000.

¹² Julia Kristeva, Hannah Arendt, *Fayard*, 1999; Philippe Sollers: Casanova l'admirable, *Gallimard*, 2000.

¹³ Algunos ejemplos: *Élisabeth Badinter es autora de un Condorcet* (*Fayard*, 1989); *Alain Finkielkraut: Le mécontemporain Péguy lecteur du monde moderne* (*Gallimard*, 1991).

evoca Jean-François Lyotard¹⁴, o la vulgarización de las reflexiones psicoanalíticas y de las nuevas orientaciones del método sociológico. Se advertirá también una manera particular de nuestro tiempo de no poder abordar ninguna cuestión sin encarnarla en una figura ejemplar. El éxito de la prensa del corazón es un síntoma manifiesto de la necesidad actual de enrostrar los datos sociopolíticos, o sea de – literalmente – darles rostro, de sustituir todo análisis conceptual por una experiencia vivida, una puesta en escena del testimonio biográfico: es hacer discurso sin discurrir.

El discurso enrostrado

Las emisiones de radio y televisión también privilegian los casos singulares cuya exposición y procesamiento deberían producir algún sentido pero que, en definitiva, sólo estimulan sentimientos. Ya no se habla de prisiones, violaciones, soledad, adulterio, obesidad, sida, alcoholismo, miseria, homosexualidad, parejas de hecho y demás, sino del calvario de Fulano, del trayecto de Mengana, de la difícil aunque fiel relación entre Pepe y Paco, etc. La síntesis autobiográfica vale para todo: la representación de uno mismo o del otro ante la consciencia social. Hay un fenómeno que el mismo lenguaje registra con fórmulas que sólo enuncian lo colectivo a partir de una referencia individual ejemplar, como esa «generación Mitterand» que en un tiempo favoreció las ventas de la prensa rosa. No disimulemos el debilitamiento conceptual que ello significa: ningún nombre propio es capaz de circunscribir una noción. La misma ambivalencia de la *denominación*, sobre la cual se han escrito numerosos estudios, confunde la claridad eficaz de las múltiples acepciones posibles.

Debilitamiento o, más bien, perversión intelectual. Si se concibe correctamente lo que viene ocurriendo hace algunos decenios en la escena cultural, quizá resulte menos evidente la percepción de los efectos subterráneos. Promoviendo una desconfianza necesaria ante todo Discurso y ante cualquier ideología humanista, las grandes deflagraciones históricas han embrollado las concepciones del sujeto: éste sólo se halla actualmente en el repliegue individualista y la práctica biográfica en sentido amplio. Se

¹⁴ Según Philippe Forest –y ¿cómo no estar de acuerdo con él–: «Nada es más fácil de demostrar que el triunfo actual de la literatura del ego está regido por la entrada de las sociedades occidentales en la era de la posthistoria, que el desfondamiento de los grandes relatos suscita un repliegue de cada quien hacia el territorio sosegador de lo íntimo donde cada uno se ofrece a sí mismo el complaciente espectáculo de su vida» (Philippe Forest: *Le roman, le je*, Éditions Pleins Feux, Nantes, 2001).